

El conflicto de los tres yacentes

Un buen indicativo para comprobar que las instituciones han alcanzado ya la madurez consiste en descubrir si son capaces de asumir con naturalidad los episodios más penosos de su pasado, analizándolos con el sosiego y tranquilidad del sentirse ya seguras de sí mismas. Con las personas sucede algo parecido, sobre todo cuando ironizan sobre sucesos que en su día llegaron a ser hasta humillantes. La extinción de los tabúes y pasiones es siempre un buen indicio.

En la historia de nuestra cofradía –con las demás sucede lo mismo– existen varios ejemplos de aquello sobre lo que no se debe hablar, o no conviene hacerlo para evitar que el pulso se acelere más de lo debido. Pero como al transitar por el aniversario argénteo parece que comienzan a superarse los viejos traumas, me atrevo por vez primera a abordar con sentido crítico uno de esos trances dolorosos, el del Cristo yacente que no fue.



Quien puso en marcha todo esto fue Ángel Ferreira, que pensó para Salamanca una procesión de Cristo Yacente en línea zamorana. Y para ello fundó, junto a un pequeño grupo de personas, una cofradía penitencial en mayo de 1984, la nuestra, bajo la advocación de Cristo Yacente de la Misericordia. Y estos primeros cofrades pensaron, ni más ni menos, que Venancio Blanco podía realizar la imagen. Aunque el escultor no se dedicaba a la imaginería, su categoría era lo suficientemente contrastada como para salir ai-

roso del reto. Entonces dirigía la Academia Española de Bellas Artes en Roma y era uno de los referentes de la escultura nacional, con una buena parte de su obra en bronce dedicada al tema religioso. El hecho de ser salmantino podía facilitar que aceptase realizar una obra para la Semana Santa de la ciudad. Y así fue. En agosto de 1984 se llegó a un acuerdo con el escultor. De regreso a Roma el artista realizó catorce maquetas en barro y seleccionó seis, que envió a la cofradía para que eligiese. El precio de dos millones de pesetas, con las facilidades de pago que se daban, podía ser asumible.

La cofradía, sin embargo, no acaba de marchar. Grandes ideas, muchas ilusiones, pero muy poquita gente y nada de dinero. El proyecto quedaba estancado y era necesario reconsiderar el plan de trabajo. Y se decidió buscar otra imagen, para dar un impulso a la cofradía y poder contar con medios para encargar el yacente a Venancio Blanco. De esta forma surgió todo lo del Cristo de la Agonía Redentora, con el acto de El poeta ante la cruz, que se inicia en 1986, y la procesión del Miércoles Santo, que se verifica por vez primera al año siguiente. Era un poco paradójico, pero la cofradía del Yacente desfilaba con un crucificado.

Consecuencias de este giro fueron el establecimiento en la catedral y el disponer un buen número de hermanos, casi doscientos, para afrontar en serio el reto del yacente. De cara a su promoción se expusie-

ron en una galería de arte, Miranda, las maquetas y se abrió una suscripción popular, que no sirvió para mucho. De todas formas, al consolidar la cofradía con la procesión del Cristo de la Agonía Redentora, la imagen del Yacente se veía ya más cerca. Sin embargo, cuando la cofradía estaba en estas cuitas, salta la noticia de que la hermandad entonces omnipresente –Amor y Paz– va a realizar también una imagen del yacente. Ellos afirmaban que la idea primera fue suya. La Cofradía de Cristo Yacente se había fundado como tal en 1984 y ese mismo año contacta con el escultor. Los medios de comunicación dieron cuenta de ello. Y avanzado 1987 llega la noticia de que la hermandad arrabaleña está también en ello.



Vicente Cid

La cuestión de fondo estaba clara. El fundador de la Cofradía de Cristo Yacente era el mismo que el de Amor y Paz y fueron en buena medida sus discrepancias con la presidencia de Amor y Paz, ocupada por Daniel Herrero, las que llevaron a la nueva fundación. El debate se centraba en quién tuvo antes la idea, algo realmente imposible de saber. Lo que sí es cierto es que para materializarla una cofradía empieza a trabajar en 1984 y la otra en 1987. Lo que hubiese en el interior de las mentes no podemos considerarlo. La pugna fue muy seria. Las discusiones en cabildos, Junta Permanente y Obispado protagonizaron la actualidad cofrade de aquellos meses. La todopoderosa Hermandad del Cristo del Amor y de la Paz reivindicaba su derecho a salir en procesión con la imagen de un yacente, porque la idea había sido suya según el testimonio de algún cofrade. La Cofradía Penitencial de Cristo Yacente afirmaba que a ella competía en exclusividad esta procesión, puesto que desfiles como el de las palmas, resucitado o yacente, sólo debía haber uno por ciudad. Y para ello disponía de la fuerza de las evidencias, como el acta fundacional, estatutos, información en prensa... Que desde 1984 se estaba trabajando en esta línea era innegable.

Como la Hermandad de Amor y Paz disponía de medios, encargó una imagen de Cristo yacente a Vicente Cid y anunció su presentación para la Semana Santa de 1988. Se llegó a decir que la procesión podría salir de la Catedral. La cofradía apeló ante el obispo y la resolución, como suele suceder, fue de compromiso. La hermandad trastormesina podría realizar su procesión, pero olvidándose de la catedral y sin utilizar la palabra yacente, puesto que el título lo tenía ya la cofradía. Así es como empezó, en 1989, la marcha penitencial del Cristo de la Liberación.

La Cofradía de Cristo Yacente seguía sin la imagen y la procesión del yacente, aunque fuese bajo una denominación distinta, la organizaban otros. Herida un poco en su orgullo, la cofradía decidió realizar el encargo formal de la imagen. Varios cofrades asumieron voluntariamente una cuota extraordinaria para poder afrontar los pagos mensuales. Estaban convencidos de que la imagen de Blanco tendría tal fuerza que anularía la de Amor y Paz.

Con el artista trabajando en la imagen surgió una nueva polémica, esta vez ad intra. La junta de gobierno se dividió entre los partidarios de realizar una procesión de Cristo Yacente, tal como había pensado el fundador, y los que entendían que la cofradía no estaba en condiciones de asumir dos procesiones y, por lo tanto, lo mejor era integrar el yacente en la del Cristo. Porque una cosa estaba clara, al Cristo no se podía renunciar. Había calado en Salamanca, tenía muchos devotos y el acto más significativo de la cofradía, El poeta ante la cruz, giraba en torno a él. Aparte estaba el vínculo recién iniciado con el convento de Santa Isabel. La divi-

sión de la junta de gobierno se extendió al resto de los cofrades. Para solventar el problema, en la asamblea de octubre de 1989 se sometió a votación si el yacente iba en procesión propia, en la madrugada del Viernes Santo, o salía junto al Cristo en el desfile ya existente. Ganó la segunda opción.

En desacuerdo con la decisión de la junta general dimitieron el hermano mayor y su segundo y forzaron unas elecciones anticipadas para el 3 de diciembre. La asistencia fue masiva, dada la campaña soterrada de las semanas previas. La candidatura de Ángel Ferreira incluía en su programa las dos procesiones y la encabezada por Félix Torres la asunción del resultado de la asamblea de octubre. Por estrecho margen venció la candidatura de Torres, de manera que la pugna entre la procesión única o diferenciada quedaba resuelta. Mucho más con el apartamiento voluntario de quienes promovieron la procesión del Yacente.

La nueva directiva se hizo cargo de la cofradía y viajó a Madrid para resolver la cuestión de la entrega de la imagen, a punto de terminarse. Pero Venancio Blanco, informado de los acontecimientos en la cofradía, se negó a entregarla. Sus argumentos, que el encargo lo recibió de otros y la imagen era solo para una procesión. El fondo, que la imagen significaba mucho para él. El Cristo yacente volviendo a la vida era una idea genial, única en la imaginería procesional. Mucho más cuando en ella había volcado ese deseo de trascender a la muerte que tanto le obsesionó cuando en pleno proceso de elaboración se produjo el fallecimiento de su hermano. El artista quería quedarse con la imagen y la cofradía le dio el pretexto. Los primeros pagos ya estaban realizados, pero la situación quedó empantanada y la nueva directiva buscó otras vías para conseguir una imagen de Cristo yacente.



La mejor solución que encontró fue convocar un concurso público de maquetas. Se presentaron seis autores y los bocetos se expusieron en el zaguán del Ayuntamiento durante la segunda quincena de junio de 1990. La responsabilidad de elegir imagen, a partir de las maquetas anónimas, se le transfirió a los cofrades, los únicos que podían votar. Fue una decisión muy democrática, pero sin el concurso de voces autorizadas, los especialistas en arte. La maqueta elegida fue la de Enrique Orejudo, que unos meses antes había presentado la imagen de Nuestra Señora del Silencio para la hermandad de Pizarrales. Quedaron descartadas las propuestas de Fernando Mayoral, César Valle, Gerardo Sánchez Cruz, Mariano Nieto y Eduardo Zancada.

Una vez que se hizo pública la decisión de los cofrades, Orejudo comenzó a trabajar en la imagen para poder cumplir con los plazos. El yacente estuvo en marzo de 1991 y se bendijo en la Catedral Vieja el domingo de pasión, antes de El poeta ante la cruz. Desde ese año sale en procesión acompañando al Cristo de la Agonía Redentora. La conjunción es atípica en la Semana Santa, puesto que las procesiones de dos pasos no suelen reunir dos cristos; mucho menos crucificado y yacente. Pero todo tiene su explicación, que en este caso viene dada por la propia historia de la cofradía, de la que no puede evitar ser rehén.

F. JAVIER BLÁZQUEZ VICENTE

A Sor Amparo. A Sor Amada

Cuando pensaba escribir sobre las RR. MM. Isabeles de nuestro querido Convento de Santa Isabel de Hungría y contar algo de lo que han representado a lo largo de estos cerca de veintisiete años desde que se fundó Cofradía jamás pensé ponerme triste y melancólico. El echar la vista atrás pueda hacernos caer en la tentación de sufrir por lo que podemos haber perdido, por quienes se han ido tan pronto y olvidarnos lo conseguido hasta hoy.

Los que hemos vivido bastantes años y tenemos buena memoria recordamos cosas, anécdotas e historias: en mi caso me quedo en veintitrés procesiones ya que en 1989 no procesioné y en 2003 tampoco, pues estaba convaleciente de una lesión en la rodilla.

Pensaba contar alguna vivencia, algún recuerdo de lo que ocurrió entre bastidores... pero lo que pueda considerar de interés - al menos para mí- puede esperar ante la obligación moral de aportar un pequeño homenaje a las hermanas que nos han dejado apenas hace unos meses. Si el centro de nuestra Cofradía es nuestro ahora llamado “Cristo de la Agonía Redentora” que nos aúna a todos; también desde hace cerca de veinte años tenemos cerca del corazón al “Cristo Yacente de la Misericordia” que, pese al contrapunto de sus escasos años, fue el verdadero motivo desencadenante del nacimiento de esta Cofradía.

Tras la primera salida se pensó buscar un sentido, darle un destino mas que sacar nuestro Crucificado hasta la Plaza Mayor, y se decidió acercarse hasta las Isabeles devolviéndolas “su imagen” por unos instantes en el recogimiento de la madrugada del Jueves Santo.. El destino quiso que fuera el mismo día que un lejano 1836 dejó el convento en brazos de unos fieles y se depositó en la S.I.B. Catedral Nueva de nuestra ciudad evitando así la pérdida de la imagen más querida de la comunidad como víctima de la desamortización. Luego, pese a intentar recuperarlo, durmió un plácido olvido en la catedral hasta que nació la cofradía. Gracias a estudios del recientemente fallecido, y primer asesor religioso de esta cofradía, D. Rafael Sánchez Pascual hemos recuperado parte del pasado de nuestro cristo.

Las Isabeles nos han acogido desde que el 5 de mayo de 1984 se fundara la cofradía y, por desgracia, a veces también han llorado con nosotros lo mismo que se han congratulado en nuestras alegrías y celebraciones pidiendo siempre por nosotros.

Ya ese mismo verano de 1984 una de nuestras madres partió a mejor vida y, por desgracia, un par de veces parecieron querer irse con El Altísimo de dos en dos unidas como este último verano en que nos ha dejado Sor Amparo y Sor Amada. Cuando nació nuestra cofradía la comunidad eran veinte hermanas y hoy aquí rezan por nosotros tan solo diez.

He tenido la suerte de conocerlas mejor desde 1993 en que Marisa, ahora mi mujer, pasó a ser

secretaria de esta cofradía ; luego me hicieron el honor de dejarme ayudarlas un poco, de devolver en una minúscula parte todo el amor y cariño que nos tienen.

Sor Amparo partió con el alma dispuesta, con un adiós que espero sea un “hasta luego” pues ellas desde el cielo velan por sus hermanas y por todos nosotros. Sor Amparo era el apoyo y pilar sobre el que descansaba la comunidad como recoge el salmo de su epitafio:

“El Señor es mi roca, mi fuerza y salvación.”

Sor Amada la siguió pocos días después sonriendo ante la llamada de El Padre.

Como empecé esta carta de agradecimiento a nuestras madres, dije que podría caer en la tentación de ponerme triste y melancólico... pero miremos a nuestro alrededor y demos gracias por lo afortunados que hemos sido gozando de la amistad, del cariño de muchos de los que forman esta cofradía. Los niños que hoy nos rodean son nuestra esperanza.

Nuestra comunidad de monjas es cierto que ahora es más pequeña pero ...¡ cuántas hermanas han rezado en nuestro convento desde hace más de quinientos sesenta años! Ya deseáramos

para la Cofradía tantas generaciones futuras de cofrades como hermanas han pasado y pasarán por “nuestro convento”. Debemos recordar que “Cofradía” viene de “co-frater” o, más o menos, “co-fraternal” por lo que si nosotros no nos sentimos hermanados en nuestra fe alrededor de nuestras imágenes nuestra procesión apenas será un desfile con hábitos o trajes más menos bonitos pero vacía de todo sentido..

FRANCISCO JOSÉ JASPE Y ANIDO



El último sudario de Madre Amparo

La madrugada del próximo Jueves Santo, que será 21 de abril, el Cristo de la Agonía Redentora echará en falta a una de sus clarisas cuando arribe al convento de las Madres Isabeles. El 31 de julio de 2010 fallecía Madre Amparo, la veterana de nuestras hermanas. Poco puedo decir de ella, pues sería exagerar mis seis años de pertenencia a la cofradía, pero guardo para el recuerdo una última imagen de esta monja de clausura, vivida el pasado Domingo de Resurrección, que comparto ahora con vosotros.

Como ya es tradición* para mí, esa mañana acudí con Julián a llevar al convento el antiguo madero de nuestro Crucificado que sacamos en procesión y al que las religiosas veneran el resto del año...

La cruz reposa sobre un cojín, al fondo de un pasillo, escoltada por fotografías del Cristo que tantos años colgó de ella. De pronto, enérgica y vivaracha como si no tuviera que utilizar una muleta para desplazarse, aparece Madre Amparo, quizás la que con mayor entusiasmo espera nuestra visita matinal, que ya se demora. Su ilusión lo es más si cabe porque ha confeccionado un nuevo sudario para el madero. Con el mimo del que brinda lo mejor que tiene, se afana – con impaciencia por creer que nos puede estar incomodando su esmero – por colocar cuantos alfileres son necesarios para que allí, abrazado a la cruz, penda su último sudario. Y así lo hace. DEP.



* Sobre las “intra-tradiciones” que escribí en el último *Cruz de guía* conviene anotar una fe de erratas bien apuntada por Carlos Alcántara. Hablaba entonces de las “nativas del desmontaje” de la mujer de Antonio el de Álcar, que no son tales, sino arroz con leche, aunque igualmente bueno.

Más allá del error, poco hay que añadir este año al apartado de “aquello que acostumbramos a repetir”. No ha habido sugerencias y sólo he observado una tradición de esas que necesitan sentido del humor para ser entendida. Y es que Ángela, nuestra afanada secretaria, tiende a ahogarse mientras procede a la lectura del acta de la reunión anterior, antes de ser aprobada. Al quite está, a su izquierda, el capitán del barco con una botella de agua para que *Angelita* beba y pueda continuar. ¿Se aprueba?

Historia de una transformación

A ti, que entras en esta cueva y ves mis restos tendidos en este lecho de hierbas, va dirigida esta carta, como testimonio postrero de la obra hecha por Dios en mi vida. No muevas ni entierres mi cuerpo, pues has de saber que no importa dónde quede el cuerpo mientras el alma esté con el Amado, en abrazo seguro y confiado, por la eternidad.

Que ¿quién soy?..., que ¿cómo me llamo?... Lo segundo poco importa, pues pocas veces me llamaron por mi nombre; en cuanto a lo primero, te contaré mi historia, no por enorgullecerme de méritos que no poseo, sino para que contemples la obra que Dios, que me amó, hizo en mí y renazca en ti la esperanza y llegues a conocerlo y a amarlo como yo le amé y le sigo amando mientras te escribo esta carta y le amaré, como El quiere y yo in-tuyo, por la eternidad.



La primera vez que Le vi, iba apenas cubierta con una sábana y zarandada de un lado a otro por hombres malos, lascivos, que me tendieron una trampa para acusarme y ponerle a prueba a El; a todos ellos conocía, en el más amplio sentido de la palabra, incluido aquel que les sirvió de cebo. ¿Mi nombre?, no les importaba, yo era solo “la adúltera”, una simple coartada para un vil intento de acusación, pero “el adúltero” no estaba allí, escarnecido conmigo; ya había hecho su trabajo y ahora les tocaba a ellos, “los adúlteros”, de toda edad y condición, terminar la obra empezada.

Al llegar a donde El estaba, me arrojaron al suelo, a sus pies, en medio del grupo que le escuchaba, con violencia inusitada, interrumpiendo su predicación. ¡Ah, esos benditos pies que fueron mi primera visión de El y que nunca me cansaría de abrazar y de besar! Esos pies que se acercaron a mí después de que El les dijera a todos que arrojaran su piedra sobre mí si estaban libres del pecado que me imputaban. Nadie quedó allí, ¡qué gran verdad! Sólo yo, como aceite derramado a sus pies, hecha un mar de lágrimas y confusión: La muerte había estado muy cerca esta vez y era fuerte, muy fuerte, su olor, pero más fuerte y cercana había sido “la Vida”.

Entonces se arrodilló ante mí. La sábana hecha jirones apenas me cubría nada, pero El me miró de tal forma que me sentí vestida y casta, como una de las vírgenes del Templo; nadie me había mirado nunca así. ¡Cuánta pureza y amor hallé en aquellos ojos! Me sumergí en ellos y fue como un bautismo en las aguas del Jordán; había encontrado mi sitio: Mi sitio era allí, mi sitio era El, que así me miraba. Y luego su voz, esa voz bendita que nunca olvidaré y que reconoceré enseguida cuando llegue a su presencia, me envolvió como un bálsamo, como un vestido nuevo de gala y de triunfo y me recreó: “Yo tampoco te condeno”. ¡Ah, mi Dios bendito! Era el primer nacido de mujer que no me reprochaba ni me condenaba, sino que me bendecía.

En un momento vi pasar, como un torrente impetuoso, todos los pecados de mi vida, como una confesión silenciosa, pues no podía articular palabra, y, sin sentir vergüenza por ellos ante El, lloré arrepentida, mientras que en el lugar que ellos ocupaban quedaron paz, perdón, amor, virginidad, pureza... estaba siendo recreada;

ya no era más “la mancillada”, ahora era “la regenerada” y todo se lo debía a El, que así miraba. Sólo Dios podía hacer algo así; y en El estaba Dios y El, ahora lo sé, era Dios, vivo y actuante, en forma humana, junto a mí y en mí, “la indigna”, “la impura”... “la digna”, “la pura”, “la recreada”. Después cubrió mi desnudez con su manto y me dijo en un susurro: “Vete en paz y no peques más”. Y por Dios que así lo hice: no volví a pecar más, pues ya sólo a El pertenecían mi corazón y mi alma, todo mi ser; ya sólo de Dios, para siempre, quería ser.

Entonces tomé una determinación: recogí todas mis joyas y mi perfume más caro, todo aquello que fue fruto y anzuelo de mi pecado, y ataviada con mis mejores galas, como la primera dama de un Rey mayor que David y Salomón juntos, le busqué, como la esposa del Cantar de los Cantares, por toda la ciudad, hasta que lo encontré en la casa de un magnate llamado Simón, apodado “el leproso”.

No fue difícil entrar, pues frecuenté la casa en el pasado y todavía se acordaban de mí. En seguida me reconocieron, sorprendidos por mi osadía, tanto el dueño como los invitados. ¡Cómo no, todos ellos me habían “conocido” en la vida que había dejado atrás!, y muchas de mis joyas eran suyas y gran parte del perfume que traía, también. ¿Mi nombre?, no les importaba, sólo mi cuerpo, me llamaban “la magdalena”, pero para ellos era “la pecadora” y ellos, “los pecadores”, sin remordimiento alguno de pecado y, al menos esta vez, sin piedras en las manos, entre miradas sucias, lascivas y cargadas de viles recuerdos, me señalaban y se hacían lenguas de mí, entre guiños y meneos de cabeza. Pero yo sólo tenía ojos para El, el único que, recatado, aguardaba en silencio, sin levantar la mirada.

Olvidada de todo y de todos, me acerqué a El por detrás y me arrodille junto a sus amados pies. Entonces, entre lágrimas de arrepentimiento y gratitud, comencé mi confesión: Me fui despojando, una a una, de mis joyas, cada una de las cuales representaba un pecado o muchos pecados a la vez, y las ponía a sus pies, que regaba copiosamente con mis lágrimas y, a falta de toalla, secaba con mi pelo tanto atrevimiento, tanta gratitud, tanto amor, su perdón completo, mi candor recién hallado, mi pureza y virginidad recuperadas. Entonces quise derramar para El lo que fuera el arma de mi pecado y ungir aquellos benditos pies con algo más digno de El que mis pobres lágrimas; mas como aquel ungüento perfumado era más denso que mi antigua culpa y se negaba a salir, tuve que quebrar el frasco contra el suelo, como quebrada estaba mi alma cuando Le conocí, y el aroma, antes pecado, subía ahora, regenerado, como el incienso de la tarde ofrecido a Dios en su Templo.

Ante los reproches de todos, que le salpicaban también a El, mi Señor salió nuevamente en mi defensa y, en atención a mi devoción por El, perdonó todos mis pecados y expulsó todos mis demonios, algunos dicen que eran siete, no los conté, sólo le miraba a El, sólo le escuchaba a El y salí de allí llena del Amor de Dios, renacida y con una esperanza firme en mi pecho: ¡Renacería a una vida nueva en la que sólo existiría El, en la que sólo viviría por El y para El! Regresé a la casa familiar y mis hermanos, Marta y Lázaro, me acogieron junto a ellos. Les conté todo lo que El había obrado en mí y ellos me dijeron que El era su amigo y que solía hospedarse en nuestra casa cuando asistía a Jerusalén para la Pascua. ¡Se me salía el corazón del pecho por la emoción! Si era así, ¡ojalá que la Pascua se adelantara aquel año para acogerlo bajo mi techo, lo antes posible, como El me acogió a mí!

Y así, en la primera ocasión en que apareció por casa, durante la cena, dejé a mi hermana sola en la cocina

y me escabullí para darle a El mi sorpresa. Mi corazón latía fuertemente en mi pecho. No sabía explicarlo, era un impulso fuerte, una necesidad imperiosa de repetir el gesto de “la pecadora” siendo ya “la renacida”, “la recreada”, y no en casa ajena, sino en mi propia casa. Me olvidé de mi familia, de los invitados y del qué dirán, y mi amor y gratitud se derramaron, una vez más, en forma de perfume, sobre aquellos adorados pies del Mensajero que trajo la Buena Noticia de la salvación a mi vida, mientras se los enjugaba, nuevamente, con mis cabellos. Fueron, entonces, alguno de sus santos apóstoles y de mis invitados los que, con su incompreensión, me afrentaron en mi propia casa, poniendo a los pobres por pretexto. Una vez más, no importaba mi nombre, yo era “la derrochadora” y nuevamente El salió en mi defensa y dijo que aquello era para su sepultura. Sentí que una espada helada me atravesaba el corazón... ¡No, no era esa mi intención!... ¿A qué se refería?

Pero así fue. Poco después le mataron, colgándolo de un madero, y no pude hacer nada para impedirlo cuando todos gritaban enloquecidos al gobernador: “¡Crucifícale, crucifícale!”; sólo pude estar a los pies de la cruz, a sus pies. Y ya no eran mis lágrimas y mi perfume los que escurrían de ellos, sino su sangre preciosa, que yo no alcanzaba a enjugar con mi pelo, como siempre había hecho, para que no se perdiera en la tierra. Cuando por fin lo bajaron de la cruz, cogí entre mis manos aquellos pies rotos que un día se me acercaron para darme vida y que ahora yacían muertos y los lavé con mis lágrimas y los enjugué con mi pelo, como aquella primera vez, y no los solté hasta que lo depositaron en el sepulcro y me arrancaron de su lado para rodar la piedra.

El Shabbat transcurrió exasperantemente lento, pero por fin llegó el primer día de la semana y madrugué para ir al sepulcro y correr la piedra -ya me ayudarían los soldados- y ungir su cuerpo para la sepultura, tal como El había dicho aquella vez en mi casa. Pero, cuando llegué, no había nadie, los guardias se habían ido, la piedra había volado y mi Señor había desaparecido. Desconcertada, me dejé caer al suelo y lloré de impotencia. Entonces, una vez más, su voz resonó sobre mí. Yo no daba crédito a lo que oía. El pronunció mi nombre: “María” -a El sí que le importaba mi nombre-, y lo pronunció con el mismo tono de voz de aquella primera vez, el día de mi visitación, en que me susurró que me fuera en paz. Levanté la cabeza. Volvía a estar como aceite derramado a sus pies, como aquella primera vez, pero esta vez no permitió que me abrazara a sus pies, sino que me levantó y me envió en misión a mis hermanos y, desde aquel momento ya no fui más una mujer que le seguía a todas partes, como tantas otras, sino su apóstol entre mis hermanos y su testigo entre mis semejantes.

Y ya que sabes mi nombre, te diré también el Suyo. El es Jesús, Jesús de Nazaret, el Mesías esperado, el Hijo de Dios, de María y de José, mi Amado y Amigo, mi Rey y Señor, mi Salvador, el Amor de mi vida y de mi eternidad. El te espera para hacer en ti lo mismo que hizo en mí, por eso te trajo hasta aquí. Por favor, no te lleves esta carta, pues muchos más visitarán mi cueva y he de ser, también para ellos, testigo y apóstol de mi Señor, aun después de muerta, porque el Amor es más fuerte que la muerte y traspasa los cielos y salta hasta la vida eterna y sigue viviendo en El para siempre, ya sin ataduras vanas. Te dejo mi bendición. Vete en la paz de Aquel que te trajo hasta aquí y a Quien aquí has encontrado. Amén.

+ Salamanca, 16 de Febrero de 2011
P. JUAN JOSÉ CEPEDANO FLÓREZ, CMM

A todos los niños

Queridos niños:

Perdona que te escriba esta carta que nunca leerás, después de reflexionar, porque creo que muchas otras personas de cualquier edad sentirán la alegría y la tristeza que yo ahora mismo siento. Me siento ahora como una niña, tan sola como cuando “la Borriquilla” pasa por esa calle que este Domingo de Ramos te diré cuál es, cuando vayamos a la Catedral por el camino más corto, como mandan los cánones. Me siento ahora como un niño, tan sola como cuando ves consumirse el cirio, en el parón que nos dan todos los años antes de entrar en la Catedral.

Querido niño, mañana por a mañana vendrás por primera vez conmigo a sacar la palmita y a estrenar tu túnica, porque aunque todavía no tienes la edad, para salir por la noche ya tienes edad de salir este año de nazareno en la misma cofradía que sale tu padre. Mañana por la mañana me harás, mi niño, otra vez niña. Yo no tenía tu misma edad cuando la secretaria ni siquiera me preguntó el nombre para escribirlo en la base de datos... Y luego, cuando entre olor de humedad, sacaron del armario, una túnica que me midieron de hombros a talones, y yo orgullosa porque iba a salir en procesión de nuevo, orgullosa de que me la harían nueva. Mañana, niña, tú vendrás conmigo por tu palmita. Quiero enseñarte, niña, el camino más corto para que encuentres a Jesús. Te diré, como es tradición, que el domingo de ramos si no estrenas algo te quedas sin manos. No tendrán que preguntarte el nombre, como a mí tampoco me lo tuvieron que preguntar.

Pienso, ahora que te escribo esta carta, que mañana no me vas a hacer más vieja, sino que me vas a devolver a tus mismos años, porque he visto que tú mañana estrenarás mi misma ilusión de salmantina. Cuando estés recogiendo la túnica, no me mires, porque tendré húmedos los ojos, niña, porque me veré a mí misma recogiendo, con tanta ilusión, la túnica el primer año que salí. Y porque veré, niña, a mi hermano, sintiendo esta emoción que yo siento ahora.

Quizá, niña, no leas nunca esta carta que te escribo. No hace falta que la leas. Cuando me dijeron que este año, sí te dejaban, salir de nazarena... Cuando me dijeron que este año venías conmigo, pensé en la Puerta de Ramos de la Catedral el Domingo de Ramos. Tú no lo sabes, pero por esa misma puerta, hace ahora diecisiete años, salieron muchos Domingos de Ramos dos nazarenos juntos. Íbamos, como este año iremos, por el camino más corto para llegar a la verdad de Salamanca.

A todos los niños que durante diecisiete años han salido el domingo de ramos en especial a todos aquellos que lo harán este año por primera vez.

ÁNGELA MARÍA HERNÁNDEZ CABEZAS

